



COLOMBIA: ENTRE EL MIEDO Y LA ESPERANZA, LA VIOLENCIA QUE NO CESA

Colombia sigue siendo un país de contrastes extremos. A pesar de los acuerdos de paz y de las promesas de reconciliación, la violencia persiste como un fenómeno silencioso, que atraviesa regiones, hogares y conciencias. No se trata únicamente de conflictos armados; se trata de cómo la amenaza, la intimidación y la injusticia se entrelazan con la vida cotidiana, transformando la experiencia de existir en algunas regiones en un ejercicio constante de supervivencia.

La violencia en Colombia no ha desaparecido, sino que ha mutado. Los actores armados ile-

gales mantienen su influencia, imponiendo un orden paralelo que desafía la autoridad del Estado. *La vida en muchos territorios está marcada por la incertidumbre; el miedo se infiltra en los caminos, en las calles y en los hogares. Cada decisión, cada movimiento, se toma con la sombra de lo imprevisible sobre los hombros.*

No son únicamente las cifras las que revelan esta realidad, sino la sensación de alerta constante que atraviesa la vida de quienes habitan estos lugares. La violencia ya no solo hiere cuerpos; hiere rutinas, expectativas y posibilidades.



FOTO: Radio Hoy

El desplazamiento, la pérdida de la tierra y de la comunidad, y la erosión de la seguridad son síntomas de una crisis humanitaria que no admite soluciones simples. **Las familias se fragmentan, los vínculos sociales se debilitan y la esperanza se convierte en un acto de resistencia. La precariedad es cotidiana, y la noción de estabilidad, un lujo inalcanzable.**

En este escenario, la violencia no solo se mide en agresiones físicas o amenazas directas; se

mide en la incertidumbre que impregna cada decisión, en la constante evaluación de riesgos que dicta la vida diaria.

La persistencia de la violencia socava la confianza en las instituciones, erosiona la cohesión social y limita la posibilidad de un desarrollo sostenible. **Cada acto de impunidad, cada territorio que se mantiene bajo control de actores ilegales, contribuye a un ciclo que dificulta la consolidación de la paz y la seguridad.**

Sin embargo, en medio de esta fragilidad, persiste una resistencia silenciosa. **La sociedad colombiana, en sus múltiples expresiones, sigue buscando alternativas, formas de protección, estrategias de convivencia y caminos hacia la justicia que no dependen únicamente de la fuerza del Estado.**

Colombia vive un equilibrio delicado entre miedo y esperanza. Reconocer la magnitud de la violencia es un paso indispensable para comprender la complejidad del país. La paz no puede ser una promesa abstracta, debe ser experimentada, sentida y sostenida; pues, solo así, los territorios marcados por la impunidad podrán transformarse en espacios donde la justicia, la seguridad y la esperanza no sean aspiraciones, sino realidades tangibles.

Esa esperanza cobra hoy una relevancia especial. **A pocos días de la jornada electoral del próximo 21 de junio, el país enfrenta una decisión que trasciende las diferencias políticas.**

Más allá de ideologías o partidos, los colombianos están llamados a reflexionar sobre cuál candidato ofrece las mayores garantías para enfrentar la violencia, fortalecer la presencia institucional y devolver la seguridad a los territorios que durante años han vivido bajo la sombra del miedo.

La democracia representa una oportunidad para que la ciudadanía exija respuestas concretas frente a uno de los problemas más persistentes de la nación.

Colombia sigue siendo un país de heridas abiertas, pero también de enorme fortaleza colectiva. Entre el miedo y la esperanza se juega una de las decisiones más importantes de su futuro. La verdadera victoria llegará cuando la violencia deje de condicionar la vida de los ciudadanos y la seguridad, la justicia y la tranquilidad se conviertan en derechos plenamente garantizados para todos.



**DINHORA LUZ
SIERRA
PEÑALVER**